

la mentira y de la iniquidad; y le ruega que le envíe desde lo alto su divina luz, aquel espíritu de verdad y de fe, el único que puede conducirle con seguridad hasta la montaña de salvación, hasta el augusto tabernáculo donde reside la majestad del Todopoderoso.

Durante las oraciones que el sacerdote dirige al Señor, temblando por su indignidad, el pueblo representado por el acólito, alarmado por tanta indecisión y tardanza, le interrumpe varias veces para alentarle: recuérdale que el Señor es nuestra fuerza y nuestro sosten; que sabe curar nuestras heridas, y devolver á nuestra alma su belleza primitiva, y el pueblo le repite: *Sí, entraréis en el altar del Dios que llena de júbilo nuestra juventud*. El sacerdote cede, por fin, á tan reiteradas instancias, y exclama: *Sí, Dios mio, cantaré vuestras alabanzas á la faz de la tierra; pero tú, alma mia, ¿por qué estás triste y por qué me llenas de tanta turbación? Sí*, continúa el pueblo, *esperad en el Señor, al cual bendeciremos con Vos, pues que es nuestro Salvador y nuestro Dios. Gloria le sea dada: Gloria Patri*, etc., contesta el sacerdote, y el pueblo, uniendo su voz á la suya, concluye la alabanza de la augusta Trinidad: *Sicut erat*, etc.

Sin embargo, como si se arrepintiese de la promesa que acaba de hacer, el sacerdote se admira otra vez: *¿Cómo, subiré yo al altar de Dios!* Seguramente, le contesta el pueblo; allí os llama el Dios de misericordia, y de nuevo repite: *el Dios bueno, el Dios que llena de júbilo nuestra juventud*. *¿Pues bien! resuelto estoy*, dice el sacerdote. *Pongo mi fuerza y mi confianza en el nombre del Señor: Adjutorium nostrum*, etc. *Bien puesta está*, contesta el pueblo, *él crió el cielo y la tierra: Qui fecit*, etc. Entonces inclinándose profundamente y golpeándose el pecho como el publicano que no se atrevía á levantar los ojos, el sacerdote se proclama culpable á la faz del cielo y de la tierra; colocado entre la Jerusalem celeste y la Jerusalem terrestre, invita á esas dos ciudades para que oigan la relación de sus faltas, y les suplica soliciten su perdón: *Confiteor*, etc.

Y el pueblo de la tierra, uniendo su voz á la del pueblo del cielo, contesta: «Tenga el Señor todopoderoso piedad de vos, y después de perdonaros vuestros pecados, os conduzca á la vida eterna:» *Miserereatur*, etc. Mientras que toda la Iglesia implora gracia y perdón para su ministro, permanece este profundamente inclinado en actitud suplicante, y antes de levantarse expresa el único deseo de su corazón: *Amen*. «Así sea», dice al pueblo; oiga el Señor vuestras oraciones y purifique mi alma.»

Conmovido por la humildad del sacerdote, comprende el pueblo que también él necesita perdón y misericordia; y en efecto, ¿acaso no ofrece con el celebrante? ¿No debe ser santo como él? ¿Admitirá el Señor con complacencia la ofrenda de su ministro, si el pueblo por quien este intercede nada hace para purificarse á sí mismo? Por esto

es que el pueblo, tomando á su vez una postura penitente, confiesa humildemente sus pecados, se golpea el pecho y pide al sacerdote, á quien llama su padre, que implore por él al Dios todopoderoso; el celebrante contesta: «Tenga el Señor todopoderoso piedad de vosotros,» y después de perdonaros vuestros pecados os conduzca á la vida eterna.» Y luego, mezclando su causa con la del pueblo, añade: «Concedáanos el Señor omnipotente y misericordioso la indulgencia,» la absolución y la remisión de *nuestros* pecados.» Al hacer esta súplica, hace la señal de la cruz á fin de restablecer en sí mismo y en el pueblo la imagen de Jesús crucificado, imagen de inocencia y de perfecta santidad.

¿Cómo creéis que la Iglesia del cielo, hermana primogénita de la Iglesia de la tierra, puede mirar sin interés á su hermana humillándose así y arrepintiéndose ante el Padre común? Las ovejas interceden por el pastor, y el pastor por las ovejas; ¿puede haber espectáculo más tierno y más eficaz para hacer descender sobre la tierra un río de misericordias? Lleno de confianza, el sacerdote se dirige á Dios, y le dice: *Ahora, Señor, os volveréis hacia nosotros; nos mirareis con benignos ojos, y vuestra mirada nos dará la vida: Deus tu conversus*, etc.; á lo cual el pueblo añade estas tiernas palabras: *Y vuestro pueblo se regocijará en Vos. Vuestro pueblo, á quien tanto amásteis, por quien tantos prodigios obrásteis; vuestro pueblo al cual amais como á las niñas de vuestros ojos, vuestro pueblo se regocijará en Vos, y la alegría de los hijos hará la dicha y la gloria del padre: Et plebs tua*, etc. Estas mutuas oraciones, esta tierna comunicación de caridad, esta humillación delante de Dios, han inspirado al corazón la confianza y la alegría; así es que el sacerdote y el pueblo terminan su admirable diálogo rogando al Señor que deje penetrar en su corazón el grito de su amor.

Hemos dicho que este diálogo es admirable, y si quisiésemos examinarlo con los ojos profanos de la crítica literaria, no sería difícil demostrar que la Iglesia, al ponerlo en boca de sus hijos en el momento de cumplir la más santa y tremenda acción, ha conocido perfectamente la *teoría de las pasiones*; en efecto, un sentimiento vivo y profundo, ya sea el del amor, el del dolor, el del odio, el de la tristeza, el de la indignidad ú otro cualquiera, se reconcentran sin cesar en sí mismos, y si bien podréis variar los términos para expresarlos, el sentimiento es siempre el mismo; pues bien, ved ahora como el sentimiento de indignidad, de miseria, de humillación de que están penetrados el sacerdote y el pueblo en presencia del altar del Dios tres veces santo, se trasluce y se deja ver en cada palabra.

El *Introito* y el salmo *Judica* están en uso en la Iglesia romana hace más de setecientos años<sup>4</sup>; antes del siglo ix se dejaba á los

<sup>4</sup> Innocent. III, lib. XI, *De Myst. missæ*, c. 18.



Obispos y á los presbíteros la facultad de hacer aquella preparacion segun su devocion, ya solos y en silencio, ya con los ministros; y si bien los Sumos Pontífices cambiaron despues esta práctica, guardaos de imaginar que lo hicieron así por creerse mas sabios é ilustrados que sus predecesores ó los Apóstoles, no; los tiempos y las circunstancias exigieron tal variacion. En las misas de Difuntos y en los dias de Pasion, suprímese aquel salmo á causa de estas palabras: *Alma mia, ¿por qué estás triste? Quare tristis es?* etc.; palabras que deben alejar la tristeza, al paso que las lúgubres ceremonias del oficio de Difuntos y del tiempo de Pasion deben inspirarla; sin embargo, aun en estas misas no quita la Iglesia al sacerdote el consuelo interior que espera hallar en el altar, y por esto dice tambien: *Me acercaré al altar de Dios que regocija mi juventud*<sup>1</sup>.

Antes de separarse del pueblo para subir á la santa montaña, el sacerdote le dice: *El Señor sea con vosotros: Dominus vobiscum*, y el pueblo contesta: *Y tambien con tu espíritu: Et cum spiritu tuo*; palabras que, sacadas de la Escritura, son desde la mas remota antigüedad empleadas por la Iglesia para expresar la mutua salutacion del sacerdote y del pueblo, y que encierran importantísimas ideas; sin embargo, acostumbrados como estamos á oirlas de los labios del sacerdote y quizás á contestarle maquinalmente, ¿hemos meditado alguna vez lo que nos prometen de parte de Dios y lo que nosotros le deseamos?

¡*El Señor sea con vosotros!* ¿Qué puede el sacerdote desearnos mejor? Y como les dirige estas palabras en el acto del sacrificio, equivale á decirles: «Durante la augusta accion en que el cielo va á entrar, en que Dios va á descender, en que voy á tratar de vuestros mas caros intereses, descansa sobre vosotros el Espíritu de Dios; forme en vosotros el espíritu de oracion, y os dé las santas disposiciones de arrepentimiento y de fervor necesarias para que veais cumplidos vuestros votos.» ¿Puede haber una salutacion mas tierna y que comprenda mas? No opongamos nosotros obstáculo alguno, y no dudeis que los deseos que expresa se realizarán en nuestro favor.

La contestacion que da el pueblo al sacerdote expresa iguales deseos: *Y con tu espíritu: no dice y contigo, sino con tu espíritu*, «por» que, segun dice un autor del siglo IX, en las funciones que va á desempeñar todo es misterioso y espiritual, y su corazon no puede penetrarse de la grandeza de su ministerio, sino en cuanto su espíritu se aplica á meditar sobre las grandes verdades que le ofrecen las oraciones que va á rezar.» En una palabra, el pueblo no considera al sacerdote como á un hombre, sino como á un espíritu puro,

<sup>1</sup> Lebrun, pág. 113.

como á un Ángel de Dios que va á penetrar por él en el terrible santuario, y á llenar la mas angélica funcion de que puede ser honrada una criatura. Por esto es que el sacerdote desea á los fieles que Jesucristo esté entre ellos, y que el pueblo hace igual voto por el sacerdote, á fin de que Jesucristo sea todo en todos; que solo él rece, ame, adore en todos los corazones, y que todos estos reunidos formen un solo corazon en Jesucristo; á fin de conservar y de renovar esta union, se repite la sublime oracion que la expresa hasta ocho veces durante la misa; ¡ojalá no la olvidemos!

Desde una larga serie de siglos<sup>1</sup>, la piedad católica gusta de ver en las ceremonias del augusto sacrificio de nuestros altares las diferentes circunstancias del sacrificio de la cruz; se complace en seguir los pasos de la augusta víctima dirigiéndose lentamente al sangriento altar, desde el huerto de Gethsemani hasta la cima del Calvario, y en tan doloroso camino experimenta una tierna variedad de sentimientos de compuncion, de gratitud, de humildad, de esperanza y de amor. Sin dar á estas imágenes una importancia exagerada, las explicaremos sucesivamente, y tomaremos por guia á san Francisco de Sales, creyendo que nadie pondrá en duda que no podíamos elegir á otro mejor<sup>2</sup>. La misa se celebra en memoria de la Pasion de Nuestro Señor, segun él mismo lo mandó á sus Apóstoles, diciendo: *Haced esto en memoria de mí*, como si quisiese expresar: Cuando ofrezcais el augusto sacrificio, acordaos de mi Pasion y de mi muerte. Cumplamos, pues, el deseo del Salvador, y durante la primera parte de la misa veamos en el sacerdote al acercarse al altar, á *Jesús entrando en el huerto*; en el sacerdote al rezar las primeras oraciones de la misa, á *Jesús haciendo oracion en el huerto*; en el sacerdote al rezar el *Confiteor*, á *Jesús prostrado con el rostro contra el suelo*; en el sacerdote al besar el altar, á *Jesús recibiendo el beso de Judas*, y en el sacerdote al dirigirse hácia el lado de la Epístola, á *Jesús llevado preso*<sup>3</sup>.

Sea lo que fuere de estas imágenes ó semejanzas, es lo cierto que la compuncion y la humildad son los dos sentimientos que deben dominar en nuestra alma durante esta primera parte de la misa, como lo indican claramente las oraciones y ceremonias que la componen.

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el santo sacrificio de la misa, en el cual me aplicais los méritos

<sup>1</sup> Durand. *Rational. div. offic.* lib. IV, c. 7.

<sup>2</sup> Tom. XIV *Opuscul.* pág. 267 y sig.

<sup>3</sup> Iguales imágenes se encuentran, si bien con alguna variacion, 1º. en Belarmino, *Dottr. crist.*; 2º. en santo Tomás, 3 p. q. 75, art. 6; 3º. en Turlot, *Catec.* part. IV, lec. XVIII, pág. 629.



de vuestra Pasion y muerte; hacedme la gracia de que asista á ella con mayor piedad y devocion de lo que he hecho hasta ahora.

Me propongo amor á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré el Confiteor al principio de la misa con mucha devocion.

LECCION XVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Incensaciones. — Segunda parte de la misa, desde el Intróito hasta el Ofertorio. — Intróito. — *Kyrie eleison*. — *Gloria in excelsis*.

El sacerdote y los fieles se han manifestado sus recíprocos deseos de una verdadera disposicion para aprovecharse debidamente del augusto sacrificio; si el Señor está con su pueblo y con su ministro; si reza, ama y adora en ellos y con ellos, tienen aseguradas las mas abundantes bendiciones. Despues de recomendar á los fieles la oracion continua: *Oremus, oremos*, el sacerdote se adelanta lentamente hácia el altar, redoblando sus instancias para obtener la gracia de entrar puro y sin mancha en el Santo de los Santos; mas, nuevo Moisés, no olvida, al trepar al Sínai, al pueblo amado que deja en la llanura, y hace la siguiente oracion lo mismo para sí que para los fieles: « Os suplicamos, Señor, que apartéis de nosotros nuestras iniquidades, á fin de que podamos entrar en vuestro santuario con un corazón puro. Por Jesucristo Salvador nuestro. *Amen.* »

Al llegar delante del tabernáculo, se inclina profundamente y besa el altar en señal de su respeto á Jesucristo que no tardará en descender á él, y de su veneracion por los santos Mártires cuyas reliquias están allí depositadas, acompañando esta ceremonia con la siguiente oracion: « Os suplicamos, Señor, por los méritos de vuestros Santos, cuyas reliquias se guardan aquí, y de todos los Santos, que os digneis perdonarme todos mis pecados. *Amen.* » Al colocar debajo de la mesa del altar las reliquias de los Mártires, la Iglesia de la tierra ha querido imitar lo que san Juan observara en el cielo: *Vi debajo del altar, dice, las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios*<sup>1</sup>; y no sin razon se encomienda el sacerdote á los Santos en general y á los Mártires en particular, pues las oraciones de los unos y la sangre de los otros, unidas á los méritos y á la sangre de Jesucristo, son de un valor infinito, y su poderosa intercesion puede muy bien alcanzarle de Dios la remision de sus pecados. Estas dos oraciones, que son muy antiguas en la Iglesia, son rezadas en voz baja por el sacerdote, por la razon de que se refieren á él personalmente<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Apoc. vi, 9.

<sup>2</sup> Bona, lib. II, c. 22.